

Lección 8

3 de febrero de 1965

Antes de empezar mi clase quisiera anunciar que le agradecería mucho a la señorita Hocquet que recordara al final del curso, escribiéndolo en el tablero, que no habrá clase en ocho días ni tampoco la habrá en quince. En efecto, voy a ausentarme durante ese periodo de quince días, un poco más. Entonces retomaré aquí nuestra reunión el 24 de febrero, lo cual cae un cuarto miércoles de mes, cuarto miércoles que, como ya lo saben, se reserva para esa forma de encuentro a la que llamo *seminario cerrado* y que, como saben, está abierto para todos aquellos que me lo hayan solicitado. Queda a cargo de aquellos comprender luego (de la misma manera en que yo me ejercité allí durante el último de esos seminarios cerrados), comprender qué tienen que hacer allí, en ese seminario, es decir, sacar ellos mismos las consecuencias: escoger si deben quedarse o partir.

En cuanto a las numerosas personas de entre ustedes (y esto legitima mi anuncio público) que estuvieron en ese último seminario cerrado, preciso que podrán obtener, en un lapso que espero que sea corto, es decir, pienso que de aquí al fin de la semana que ya empezó, uno de los textos, y poco más tarde, el otro de los que, en suma, se decidió que su multicopia sería puesta a disposición de quienes quisieran referirse a ellos para el resto de esos seminarios. Estará a su disposición en el 54 de la calle Varenne, segundo piso al fondo del corredor; que se dirijan a los porteros de la señora Durand. Asimismo, le señalo a los miembros de la Escuela Freudiana que, evidentemente, tienen todos acceso al seminario cerrado; pienso que la mayoría irá al 54 calle de Varenne a procurarse esos textos, retirarán allí al mismo tiempo su carta de una pila aproximada que hice de esas cartas de entrada para su uso en el seminario cerrado. Me excuso ante aquellos que no la encuentren allí, simplemente querrá decir que no anotaron en una ficha azul su nombre a la entrada de ese seminario cerrado.

Dicho esto, quisiera que hoy continuáramos avanzando en lo que constituye el problema crucial. Buscamos proponer una forma y, para decir precisamente la palabra, una topología esencial para la praxis psicoanalítica. Es con este fin que reproduje aquí, en esta forma de botella de Klein [figuras VIII – 1 y 2], forma que, si quieren, no es la única, como bien lo saben, puesto que ésa misma es una forma que puede parecerles, respecto a la forma más difundida, la más corriente, la más llevada a imágenes, en los más elementales libros, puede

Fig. VIII-1

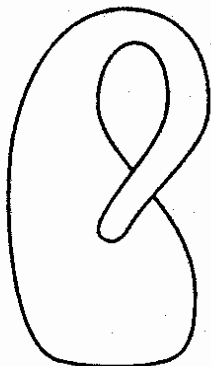
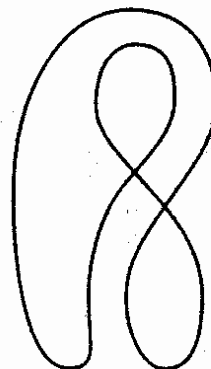


Fig. VIII-2



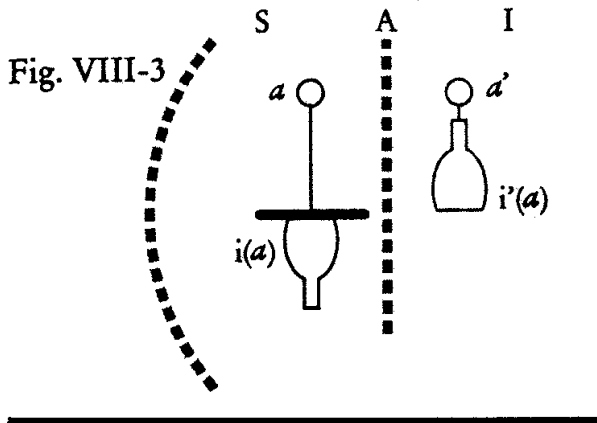


Fig. VIII-3

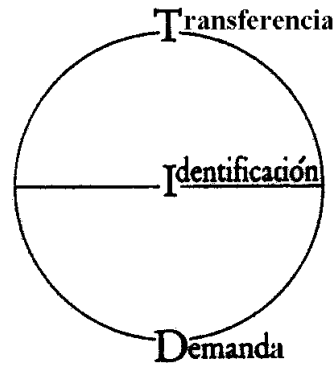


Fig. VIII-4

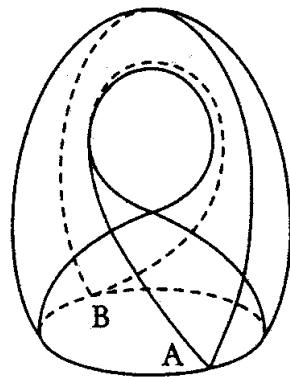


Fig. VIII-5

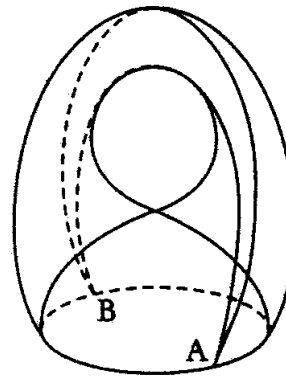


Fig. VIII-6

parecerles simplificada. No está simplificada en absoluto, es exactamente la misma pero se la podría representar de muchas otras maneras por la sencilla razón de que toda representación suya es una representación inexacta, forzada, puesto que toda representación que pueda darles es, sobre este tablero plano, evidentemente, una representación que es una proyección en el espacio en tres dimensiones a la cual no pertenece la superficie de una botella de Klein. Se trata entonces siempre de una cierta inmersión en el espacio.

No obstante, hay una relación sin embargo análoga entre la estructura, la esencia de la superficie y esta inmersión. Hay una relación análoga, digo, entre aquello que la superficie está destinada a representar para nosotros y el espacio en que funciona; el espacio en que funciona es precisamente el espacio del Otro en tanto lugar de la palabra. No será hoy cuando intente proseguir esta analogía de un campo de tres dimensiones y de lo que llamo el espacio del Otro y el lugar del Otro, lo cual no es en absoluto lo mismo; digamos que aquí se podría introducir una cierta analogía con las tres dimensiones cartesianas del espacio, pero no lo haré hoy.

En el tablero hay cuatro esquemas: el de arriba a la izquierda [figura VIII-3] está limitado, enmarcado por una barra en escuadra para aislarlo de los demás. No tiene ninguna relación con los demás. Para todos los que tuvieron la oportunidad de abrir ciertos comentarios que hice sobre el discurso de uno de mis antiguos colegas, comentarios que implican retomar y hasta rectificar ciertas analogías que él introdujo, términos que sirven para definir las instancias en la segunda tópica, más particularmente los términos *yo ideal* e *ideal del yo...* sobre los que, a propósito, queda en suspenso si Freud los distinguió auténticamente; y hace tiempo que yo dije que sí, pero la cosa puede, en efecto, mantenerse en forma de pregunta.

Como quiera que sea, el autor al que me refiero había dado el paso (si me acuerdo bien en algún número cuatro o cinco de la revista *La psychanalyse*), había dado el paso puesto que igualmente *yo ideal* e *ideal del yo* tienen un sentido en psicología y es este sentido el que el autor buscaba empalmar con la experiencia analítica. Lo hacía en términos que puede decirse que son términos de la persona, hasta del personalismo e intentaba yo, en esos comentarios, sin interrogar propiamente hablando una fenomenología que conserva su precio, intentaba mostrar qué nos permite articular allí el psicoanálisis. Se trata entonces de una simple alusión a ese esquema que di en esa ocasión y podrán ver [en] detalle en este artículo que los pocos rasgos de los dibujos que hice a la izquierda corresponden.

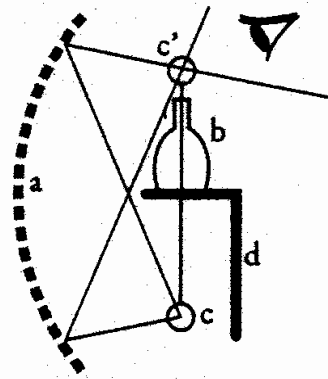


Fig. VIII-7

Tal vez no sea vano que les recuerde de qué se trata. La virtud, la inspiración de esta construcción reposa enteramente sobre una experiencia de física divertida que se llama del *ramillete invertido*, gracias al cual, con el uso de un espejo esférico [a] (olviden por el momento esta parte del esquema [figura VIII-7]), gracias al uso de un espejo esférico puede hacerse aparecer, dentro de un jarrón supuestamente real que estaría colocado aquí [b], un falso ramillete [c']. Con tal de que ese ramillete quede aquí oculto a la vista del espectador por alguna pantalla adecuada [d], el ramillete da, por el efecto de inversión que produce el espejo esférico, aquí, una imagen que, a diferencia de la imagen que está en el espejo plano, más allá del espejo plano, la imagen llamada *real*. Es decir, es efectivamente algo que se sostiene en el espacio a manera de una ilusión. En ciertos casos, los ilusionistas, y naturalmente en condiciones de iluminación propicias, en una atmósfera protegida por pantallas negras, llegan a hacer surgir esas especies de fantasmas de manera muy suficiente para por lo menos interesar el ojo.

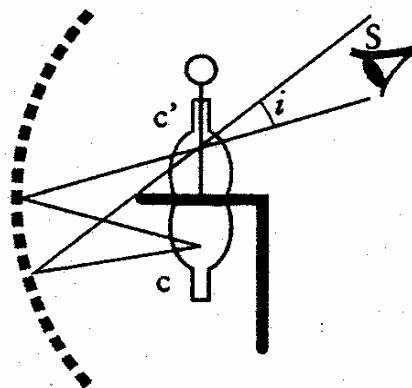


Fig. VIII-8

Es partiendo de ahí que, de manera puramente ficticia, me di gusto imaginando el modelo siguiente, ese que, al contrario, en torno a un ramillete haría surgir un jarrón ilusorio [figura VIII-8 en c']. Queda bien claro que esta ilusión sólo se produce por un ojo [en S] que está ubicado en alguna parte en el campo de manera tal que eso pueda constituir imagen para él, es decir, que una cierta remisión de rayos del espejo esférico, luego de haberse vuelto a cruzar para constituir la imagen real, va a ensancharse en un cono [en i] en el fondo del espacio que le compete. Por supuesto, es necesario que el ojo capaz de recibir o que supuestamente ha de recibir la imagen real, esté en ese cono. En otros términos, lo cual se comprende fácilmente, se necesita que el espectador de ese espectáculo ilusorio esté en un cierto campo bastante limitado para que no escape pura y simplemente a los efectos del espejo esférico.

Aquí es donde yace el resorte de la pequeña complicación suplementaria que le agrego, a saber, que esta ilusión de la imagen real es un sujeto. Ese sujeto es absolutamente mítico, y por eso es que aquí la S no está tachada. Es un sujeto que está ubicado al contrario (puede fácilmente comprenderse que es una exigencia) del lado del espejo esférico [figura VIII-9] (ese espejo esférico representa algún mecanismo interno al cuerpo) que ve en un espejo [A] la ilusión que se produce aquí para aquel que estaría aquí [I]. Esto no es muy difícil de comprender. En efecto, la posición de la S y de la I respecto al plano del espejo, aun cuando no aparezca en esta figura, es estrictamente simétrica. Basta entonces con que S encuentre su propia imagen eventual más allá del espejo en alguna parte en el cono en el que tiene su alcance la ilusión del espejo esférico, para que él vea en el espejo exactamente lo que vería si estuviese aquí, a saber, en el lugar marcado con I.

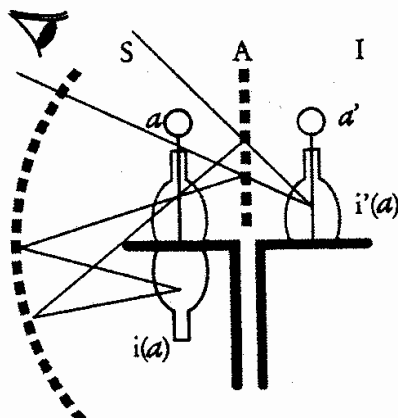


Fig. VIII-9

Es exactamente la relación entre [sic] la identificación que se llama *ideal del yo*, a saber, ese punto de acomodación que el sujeto, diría yo, de siempre (de siempre no es lo que cubre una historia, a saber, la historia del niño en su relación de identificación con el adulto); se trata entonces de un cierto punto de acomodación en el campo del Otro en tanto que está tejido, no solamente por la relación simbólica, sino por un cierto plano imaginario, tales son sus relaciones con los adultos que velan por su formación. Es, en cierta forma, fijado ahí, ubicado ahí, acomodado en ese punto, que él va a tener que, a todo lo largo del desarrollo mismo (para introducir aquí aquello de lo que se habla en el génesis), va a tener que, en el transcurso de ese desarrollo, acomodar esta ilusión que está ahí, la ilusión del jarrón invertido, es decir, hacer trabajar en torno a algo que es el ramillete que aquí hemos reducido a una flor para que quede claro, y hasta a ese signo, a ese redondelito que está en

la punta del tallo, acomodar en torno a ese algo que aún no ha dicho su nombre, aun cuando ya esté escrito en el tablero, acomodar en torno a ese algo que aquí es la imagen virtual de la flor, acomodar, en suma, esta imagen del florero invertido. Esta imagen real del florero invertido, es el *yo ideal*, es la sucesión de formas de donde se cristalizará lo que se llama... algo de lo que llaman, de una manera demasiado monolítica, por una especie de extrapolación que produce una perturbación en toda la teoría, el *yo*. El *yo* se forma de las historias sucesivas de los *yoes* ideales que incluyen toda la experiencia de lo que podría llamarse el tomar las riendas de la imagen del cuerpo. Ahí es donde yace siempre lo que acentué con el título de estadio del espejo, en otras palabras, del carácter de núcleo de la imagen especular respecto a la instancia del *yo*.

Vean la elaboración adicional que aporta este esquema. Es claro que aquí el espejo tiene su razón de ser, puesto que define una cierta relación entre el cuerpo, tomado aquí como oculto, y la producción de dominio de su imagen en el sujeto. Introduce aquí, de manera visible lo que en la experiencia del espejo es absolutamente claro, a saber, que, antes de esta experiencia, el lugar del Otro, el baño del Otro, el soporte del Otro, para decirlo todo, el otro que sostiene al niño en brazos ante el espejo, puede ocurrir, ésa es una dimensión esencial, que el hecho de que el primer gesto del niño, en esta asunción jubilosa, dije, de su imagen en el espejo, se coordina muy a menudo con ese voltear la cabeza hacia el otro, el otro real, percibido al mismo tiempo que él en el espejo y cuya referencia tercera parece inscrita en la experiencia.

¿Entonces? De lo que se trata en la evocación que hice aquí de este pequeño esquema, es de mostrar que la función y la relación que hay entre esta flor, como la llamé hace poco, designada aquí con *a*, y lo que efectivamente es lo que llamamos objeto *a*, esta flor no tiene, en esta experiencia y respecto al espejo, no tiene la misma función, no es homogénea con lo que viene a operar como indicación en torno a ésta, a saber, la imagen del cuerpo y el *yo*. Hasta puedo agregar, para quienes ya han seguido mis desarrollos al respecto durante el seminario sobre la identificación, que, con la única condición de hacer intervenir otro registro, el de la topología. Puede decirse, aunque evidentemente es una metáfora, que no siendo ahí más que una metáfora, más precisamente la metáfora de esta pequeña experiencia física, no busquen entonces hacerlo entrar ahí. De todas maneras, a pesar de que Freud mismo haya utilizado esquemas en últimas totalmente semejantes, en ningún caso pueden ustedes darle más realidad de la que nosotros mismos le damos aquí.

No obstante, no olviden que de hecho, y con ayuda de una referencia mucho más próxima a lo real que es justamente la referencia topológica, subrayé, en efecto, que si la imagen del cuerpo, el *i(a)*, se origina en el sujeto, en la experiencia especular, el *a* minúscula (ya saben qué instancia le doy en la economía del sujeto y su identificación), el *a* no tiene imagen especular, no es especularizable. Y ahí está todo el misterio: ¿cómo, no siendo especularizable, puede sostenerse, mantenerse (porque ése es el hecho de nuestra experiencia), que resulta centrando todo el esfuerzo de especularización? Es de ahí, lo recuerdo, que debe partir toda la cuestión para nosotros, más exactamente, el cuestionamiento de aquello de lo que se trata en la identificación y, más especialmente, en la identificación tal y como tiene lugar, tal y como se realiza, en la experiencia analítica.

Ven ahí que el juego de la identificación, al mismo tiempo, que el fin del análisis, queda suspendido a una alternativa entre dos términos que gobiernan, que determinan las identificaciones del *yo*, que son diferentes sin que se pueda decir que son opuestos, ya que

no son del mismo tipo. El ideal del yo, lugar de la función del rasgo unario, partida, enganche del sujeto en el campo del Otro, en torno al cual se juega sin duda el tipo de identificaciones del yo en su raíz imaginaria, pero también en otra parte, punto de regulación, invisible si quieren (pero pongo este *invisible* entre comillas, porque si no se lo ve en el espejo, su relación con lo visible ha de retomarse enteramente) y ya saben que el año pasado, para quienes estaban aquí, eché sus fundamentos. Pero dejo aquí ese punto entre paréntesis. Alrededor de, digamos, el a , oculto en la referencia al otro, alrededor del a , tanto como y más que en torno al ideal del yo, se juega el drama de las identificaciones del sujeto, y el asunto es saber si debemos considerar que el fin del análisis puede contentarse con una sola de las dos dimensiones que determinan esos dos polos, a saber, desembocar en la rectificación del ideal del yo, a saber, en otra identificación del mismo tipo y particularmente lo que se llama, lo que se admite designar como la identificación con el analista, si todas las aporías, las dificultades, las sin salidas de las que nos dan fe efectivamente la experiencia de los analistas y los decires de los analistas, si no es en torno a algo insuficientemente visto, apuntado y no ubicado al nivel del a , que juegan tanto esas sin salidas como la posibilidad de su solución.

Es un recordatorio del camino por el que debemos avanzar ahora, y para proponerles una fórmula que reintroduce aquí nuestra aprehensión de la botella de Klein y de aquello de que se trata en esta figura, diré, la clave que intentamos dar con esta topología, es aquello de lo que se trata en cuanto al deseo. Si el deseo es algo con lo que tenemos que vérnosla en el inconsciente freudiano, es en la medida en que es algo muy diferente a lo que se ha llamado hasta ahora tendencia desconocida, misterio animal. Si el inconsciente es lo que es, esta abertura que habla, el deseo ha de formularse para nosotros en alguna parte del corte característico de la escansión de ese lenguaje y es lo que intenta expresar nuestra referencia topológica.

Planteo la siguiente fórmula, antes de comentarla: podríamos decir que el deseo es el corte en el cual se revela una superficie como acósmica. Ese es el orden en el cual, hace ya un buen rato que deben sentirlo porque ya había sacado ese término de acósmico, y en más de un horizonte, el carácter no visto, profundamente antiintuitivo y, tal como recientemente me lo decía además un matemático con quien intenté poner en juego otros ejercicios sobre esta famosa botellita, “esas superficies horribles de ver”, quiero decir, que mi matemático, para resolver los problemas de que se trata, de común acuerdo, rehúsa enérgicamente, con toda razón, hasta mirar efectivamente, del lado de la horrible salida de la botella, esa especie de curiosa boca doble, abrazada y al mismo tiempo pegada pero desde el interior, que hace que se llegue a ese borde desde ambos lados a la vez.

Hay cosas que pueden representarse en el nivel de la reflexión sobre ese borde, y yo, que no temo arrastrarlos hacia lo horrible, les hablé al respecto como de un círculo de retroceso, pero de hecho, ¡en ninguna parte hay círculo de retroceso! Si tomamos la superficie con todo rigor en ninguna parte está ese círculo porque simplemente, si nos atenemos a la manera como está representado ahí, puede deslizarse por todas partes. Ya una vez hice con ustedes la comparación con medias, en una especie de nylon inmaterial, vueltas sobre sí mismas en alguna parte. Supongamos que ese nylon pueda atravesarse él mismo sin daño de manera más fácil que en el tablero; pues bien, verán que ese círculo de retroceso puede ser desplazado en todos los puntos de su recorrido. Justamente la esencia de la botella de Klein está hecha de su ubicuidad.

Por supuesto es por eso que las preguntas que puedo plantearle al matemático le causan horror. Él dispone de otros métodos para formular las consecuencias de ese círculo de retroceso inaprehensible, y pienso que lo que les represento es no obstante, por muy horrible de ver que sea la construcción, más aprehensible, no para sus costumbres mentales, porque apenas intenten manipular un poco esta botella verán qué dificultades pueden encontrar, y sin embargo, esas imágenesⁱ son singularmente más dicente[s] que si me contentase con algún pequeño símbolo y algún cálculo; no tendrían ustedes en absoluto la sensación de que eso tenga sentido. Pero queda claro que les ruego con eso ubicar ciertas cosas que ahora no voy a hacerles sentir (pueden ejercitarse en soledad para verificar su importancia), que para ir de un punto A a un punto B, representados aquí sobre el círculo de retroceso [figura VIII-10] pero que pueden ser cualesquiera, si tomamos un cierto tipo de camino de ida y vuelta, cortamos la botella de cierta manera que deje intactas sus características, a saber, que la cortamos, si les place, en dos bandas de Mœbius, es decir, dos superficies no orientables, como la botella.

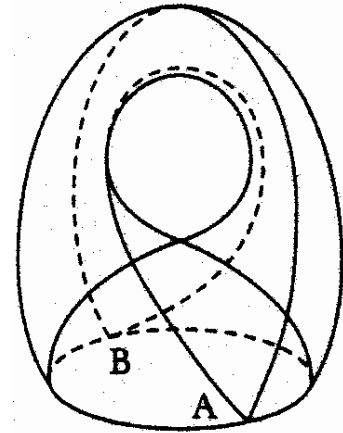


Fig. VIII-10

Si en cambio [figura VIII-11] procedemos de una manera que sólo parece ligeramente diferente (si quieren el primer trazo es el mismo pero el otro trazo pasa de otra manera), pues bien, cortamos también la botella, pero la transformamos en una especie de cilindro puro y simple, en otras palabras, en algo perfectamente orientable, en algo que tiene un derecho y un revés, lo cual es absurdo, pues el revés queda en la imposibilidad de pasar, salvo si traspasa un borde, del lado del derecho. Lo único que hace esto es darle imagen, aun cuando aquí quede en suspenso. Podríamos entrar en mayores detalles, ver con qué se relaciona la divergencia de esas posibilidades, y si se nos da el tiempo, la posibilidad de mostrar qué puede llegar a figurar esto.

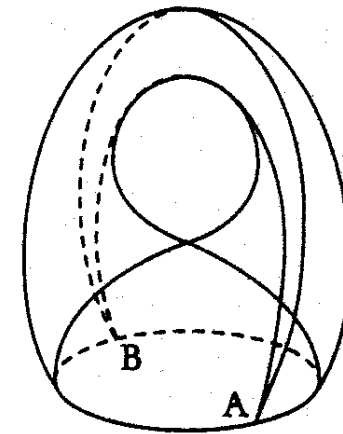


Fig. VIII-11

Verán que ahí hay hasta un buen corte, el que revela la superficie en su verdadera naturaleza que es la de superficie no orientable, y uno malo que la escamotea, la agota, la reduce a una superficie diferente y de todas formas más banal, más común, más accesible para la intuición... ya que así mismo, saben ustedes que históricamente, cosa curiosa, en un campo como el de las matemáticas donde por siempre la recreación ha servido en muchos casos como prueba piloto para los verdaderos problemas, es en la alta matemática, en la especulación matemática pura donde han aparecido primero esos extraños seres topológicos y que si ahora desciende a la recreación, ello es secundario. Lo cual es un proceso estrictamente opuesto a todas nuestras observaciones en otros campos de las matemáticas, si no es repetir “¡que nadie entre aquí si no es topólogo!”, de la misma manera como se decía otrora en la puerta de cierta escuela de pensamiento “que nadie entre aquí si no es geómetra”.

ⁱ “Espejismos” [mirages] en la copia dactilográfica producto de la estenografía.

¿Entonces ahí la función de ese famoso deseo del analista, en esta superficie acósmica, sería la del que sabe tallar las pocas figuras? Puesto que nada deja de ser anunciado en el campo del pensamiento y de la historia, ¿la obra de Carlyle, *Sartor resartus*²¹, *El tallador recortado*, sería en cierta forma el anuncio y la prefigura de lo que afectará al sujeto con Marx y Freud? Seguramente hay algo de eso; hay algo en el análisis que hace eco a lo que porta el subtítulo de Carlyle, *La filosofía de los ropajes*, y no por nada comenzamos a entrar en el campo del análisis del deseo por el término *Verkleidung*, tan fútil, con la presencia en la palabra del término *vestido*, *Kleid*, que el término de *déguisement* [disfraz] en francés deja escapar. Pero la *Verkleidung* es otra cosa, tiene que ver con algún traje. Pero entonces nos servirá la frase de una reina difunta que le dice a su hijo: “bien tallado, pero hay que volver a coser”. En el campo del análisis, todo está en la eficacia del buen corte, que hay que considerarlo también en la manera como, una vez hecho este corte, nos permite el traje; traje tras el cual tal vez sólo hay nada; del traje, sólo se trata de voltearlo de otra manera. El *sartor resartus* en cuestión es, pues, y de eso quiero hablarles hoy, lo señalo, no es el paciente, no es el sujeto, es el analista.

Porque lo que yo quisiera intentar hacer vivir un instante y poner en imágenes para ustedes, es una cierta dificultad que tiene el analista con sus propias teorías. Voy a tomar esto en el texto, lo escogí por ser el último que me ha llegado a las manos, creo que no fue publicado en el último número del *International Journal of Psychoanalysis* que ofrecía un informe del Congreso de Estocolmo en el que tuvo lugar esta intervención. Es la obra, digamos, de una joven mujer, o en el límite del momento en que ese término de joven empieza a tomar un sentido más vago; tampoco es una joven analista; sin embargo se halla en una posición bastante particular dentro de ese curioso medio que es la comunidad analítica. Digamos que en la sociedad inglesa representa una especie de bebé de todos. A fe mía, es bastante activa y bastante aguda, bastante inteligente, como ya lo verán, y en últimas no sin cierta audacia, audacia que el título de su intervención denota puesto que, en resumen, ella interroga uno de los términos que pasan, que se integran, que son tejidos de la manera más corriente en la experiencia psicoanalítica. Ella se desenvuelve en un cierto campo propiamente educativo, valga decir un estilo bien inglés del psicoanálisis y, por supuesto, hablar de ese estilo no significa zanjar orientaciones doctrinales porque las orientaciones doctrinales bien deberían oponerse y hasta batallar en ese propósito general que es no obstante de referencia formativa. El título es pues «La exploración inconsciente del “mal padre”»⁷³ ...*bad parent, to maintain...* para sostener la creencia en la omnipotencia infantil”.

Aquí se trata de mostrarles por qué vía una practicante llega a poner en duda aquello en torno a lo cual gira todo lo que se le enseña que es el resorte de la experiencia analítica, en razón de los caminos por los que la ha conducido esta enseñanza, esta dirección. Ella se da cuenta de que todo lo que de ordinario se dice sobre la transferencia, a saber, error sobre la persona, reproducción de las experiencias hechas con los padres en la relación con el analista, condujo a acentuar de manera cada vez más prevaleciente los efectos que produjeron en el desarrollo del sujeto lo que puede llamarse, con un signo característico, un condicionamiento emocional inadecuado; condujo a las mentes cada vez más por esa vertiente genética donde el buen padre es el que se preocupa por aportar, en cada fase del desarrollo del niño y de las necesidades que le corresponden, ese algo que no producirá el llamado *emotional disturbance*, perturbación emocional; en resumen, condujo a centrar el asunto en torno a un ideal de formación afectiva donde, de lo que se trata es de algo de una relación entre dos seres vivos, el uno con necesidades, el otro estando ahí para satisfacerlas

y que en cierta forma la salida, la buena formación, queda allí pendiente de asuntos de armonía, de oportunidad, de etapas de asistencia.

Que una analista, educada en esas aguas... de hecho no hay por qué sorprenderse porque esa vertiente, esa pendiente, sólo es sin embargo lo bajo de una pendiente, el análisis no ha salido en absoluto de ahí, y con lo que tenemos que vérnosla, no es aquello hacia lo que su praxis, en un cierto campo, en un cierto medio, llega a despuntarse fascinada. Partimos por supuesto de una experiencia muy diferente, a saber, que esto aparece como el resorte posible de aquello de lo que en efecto se trata, a saber, la ectopia de una respuesta, en el niño, a esos supuestos perjuicios de educación, educación que ahí está, ectópica, presente en el campo analítico en el lugar del analista. Es a lo que se llama la *transferencia*. No obstante hay que saber, por supuesto, si se le da importancia a mis fórmulas, si pueden ser aplicadas, es decir, ¿qué?, traducidas, y yo mismo fui quien trajo una traducción: *transferencia* es, en su esencia, *engaño*. Entonces, si es así, debe podersele dar alcance, vigor, a la equivalencia *neurosis de transferencia* y *neurosis de engaño*. ¿Y por qué no? Intentemos.

¿A quién se engaña? Si la transferencia sí es ese algo con lo cual el sujeto, al alcance de sus medios, establece su asiento en el lugar del Otro (y no se necesitan muchas referencias para confirmármolo), se trata de saber si la interpretación de la transferencia (que se limita a constatar que lo que ahí se nos figura y representa en el comportamiento del paciente viene de otra parte, de más lejos, de hace rato, de sus relaciones con sus padres), si interpretarlo así no puede ser favorecer este engaño. Es por lo menos el asunto que por supuesto subrayo pero que por hoy les planteo como lo que subleva nuestra esperanza del análisis, a través de esta preciosa persona cuyo nombre por azar es *Pearl*.

Después de algunos saludos a las autoridades de su medio, ella plantea correctamente la pregunta:

“¿Cómo discriminar en el retorno de la “experiencia traumática” en la transferencia, en la situación analítica y la explotación, dice ella, se expresa bastante bien, de esas experiencias traumáticas para el mantenimiento, dice, de la omnipotencia o toda potencia, bien conocida en las referencias analíticas comunes, que son las que le pertenecen al niño e igualmente al inconsciente?”

En otras palabras, alguien, una analista, plantea, en la propensión, en la pendiente actual, en la ladera que toma la experiencia analítica, el asunto de saber si, sin duda, esta interpretación de la transferencia que tiene el alcance de una experiencia rectificadora y de un juego que es importante, si limitarse a ese campo no es para el analista, en la medida en que aquí él es el otro, el otro del sujeto cartesiano... ese dios del que les dije que no se trata tanto de saber si no engaña sino si no es engañado, lo cual Descartes no subraya y si Descartes no lo subraya es en verdad por una razón: ¿no se ha sentido desde siempre que, [respecto a] ese dios que no engaña, [a] ese dios al cual Descartes hace entrega de manera tan generosa de la arbitrariedad de las verdades eternas, hay, ahí, por parte del gran jugador que allí se acerca enmascarado, cierto engaño?ⁱⁱ Pues, ¿qué le importa dejarle esas verdades si él, el sujeto del *cogito*, le sustrae en últimas la única cosa que para él cuenta: su certeza de ser el que piensa, *res cogitans*? Bien puede Dios ser el amo de las verdades eternas, pero el entregárselas ni siquiera asegura que Él mismo lo sepa. Ahora, para el analista se trata

ⁱⁱ Los agregados entre paréntesis cuadrados son míos [N. del T.].

justamente de eso, y es saber hasta qué punto aquello de que se trata, es decir, la estructura de un sujeto, es algo que pueda referirse pura y radicalmente a ese doble registro de una cierta normatividad de las necesidades en medio de lo cual intervienen de manera más o menos oportuna esas incidencias que otrora se llamaba traumáticas, pero que a medida que pasa el tiempo se tiende cada vez más a reducir a lo que se llama efectos de traumatismos acumulativos, en otras palabras, a disolver en ese no sé qué que da la razón bien simple, siempre necesaria para dar cuenta de por qué su hija es muda, a saber, que debió ser en efecto que algo no funcionó en algún momento. En otros términos, si acaso no se toma un camino peligroso, al menos para un cierto número de pacientes, al permitirles a ellos mismos instalarse en una historia que a fin de cuentas hace las veces de tal al adecuarse a partir de la carencia [*défaut*] de ciertas exigencias ideales.

Por supuesto, todo tipo de *insights*, como se dice, de puntos de vista, de aprehensiones relevantes pueden instalarse en esta función y este registro. Tampoco es falso decir que el yo puede suavizarse y hasta reorganizarse allí. Es justamente lo que les ilustra la figura VIII-9 (pido excusas por haber tenido que ocupar demasiado tiempo en esta figura al comienzo de este discurso de hoy). Todo lo que se juega en torno a la transferencia y a las identificaciones tanto provisionales como sucesivamente refutadas que allí toman lugar, vendrá a operar sobre la imagen $i'(a)$ y a permitirle al sujeto reunir sus variantes.

¿Pero eso es todo? Si esto termina descuidando la función igualmente radical, la función que está en el otro polo de lo más secreto de lo que el análisis nos enseñó a ubicar en el objeto a . Insisto en que si el objeto a tiene la función que todo el mundo conoce, es claro que, en nuestra incidencia, no llega de la misma manera en los diferentes enfermos. Quiero decir que ha de exigirse que, en lo que vendrá, les diga qué es un objeto a en la psicosis, en la perversión, en la neurosis; y con toda probabilidad no será lo mismo.

Pero hoy, quiero decirles cómo se le aparece, a una analista seguramente sensible, como ya lo verán, a su experiencia, el objeto a . Entonces aquí, poco importa que el caso con el que ella promueve sus reflexiones sea un caso *borderline*, como dice ella, con crisis que hasta llevaron a rotular vagamente pequeño mal, a menos que se trate de crisis de despersonalización, a un sujeto que vivió hasta los catorce años en la atmósfera de una pareja en la cual se producían tensiones, sacudidas, *rows* bastante numerosos hasta que, cuando el niño tuvo catorce años, la pareja se disuelve. Un hermano tres años mayor y una hermana, mayor aún. Que se lo llame esquizoide poco nos importa por el momento; sufre, a la manera como esos sujetos que incluimos al borde del campo psicótico, de esa especie de falsedad experimentada de su *self*, de sí mismo, de esta puesta en vilo, hasta de esta vacilación de todas sus identificaciones; por el momento, todo esto es secundario para nosotros. Lo que importa es lo siguiente: que a ese paciente lo psicoanaliza la analista en cuestión durante diez años, con una corta interrupción, que ella hizo hace... en 1954, ya un informe sobre él en la *British Psychoanalytical Society*. En 1954 parecen cumplirse justamente los diez años, pero lo que se nos informa es de un tiempo anterior, que ella misma sabe distinguir respecto a este paciente, con lo que yo llamaría su pequeño Geiger, su pequeño aparato de radiaciones de lo inconsciente, dos campos, dos periodos, dos fases de experiencia posible con tal sujeto, aquellas durante las cuales hay algo que funciona. El sujeto, diría yo, se presta al juego; en todo caso, hace progresos sorprendentes y la psicoanalista está contenta. Quiero decir que ella misma conoce bien todo este efecto de velo tras el cual ocurre ese misterioso intercambio, aquello con lo cual la analista, una vez

más, en fin, en los campos que le son más cercanos, sabe bien que se sitúa su experiencia del día a día de la sesión analítica. Se sabe qué les dirige el paciente a ustedes en su discurso y si eso funciona o no, cómo juega eso y qué tipo de señuelo nos es presentado al mismo tiempo, que es a la vez apertura a la verdad; y ella sabe bien cuándo se produce eso.

Pero hay periodos, nos dice, en los que yo ubico, experimento, algo que conozco bien, dice, eso no se produce para ella solamente con pacientes especificados de esa manera, en cierta forma me hallo, dice, fijada por él. Como se requiere que ella lo ubique en alguna parte, ¡su pequeño Geiger!, lo ubica ahí. Entonces, es ahí donde le pesa, donde le hace una placa, ahí. Y ahí, eso no quiere moverse en absoluto. ¿Y qué es lo que se halla aprisionado (el término es suyo, *imprisonned*), cierto? ¿Qué es lo que está aprisionado adentro? Es ella, la analista. Eso es.

Pues bien, eso, ella lo ha planteado, de una manera... ella lo ha planteado, ella, durante diez años. Por más analista que sea, no estoy tratando de ironizar sobre los análisis que duran diez años, hablo de los analistas que sostienen una situación semejante diez años, es otra cosa; que lo sostengan con la placa que está aquí. ¿Qué significa esto? Significa que los resultados obtenidos le han dado campo al paciente y que, después de todo, muchas cosas de diverso tipo no han salido tan mal, incluyendo que dejó de ser un *beatnik*ⁱⁱⁱ. Se casó, le sucedieron cosas que en general se consideran simpáticas. Hay que decir que, su regreso por primera vez a un periodo de tratamiento ocurrió luego de uno de sus breves *fits*, de una de esas crisis que le había sobrevenido en el momento en que, cosa curiosa, estaba derribando un árbol. Eso lo hizo regresar muy rápido, inseguro, a causa del pánico. La segunda vez, pues bien, es algo parecido. A mi fe, el paciente está a punto de tener... de ya no poder articular una palabra, de tener sudoraciones abundantes y de hallarse absolutamente embrollado, por esa razón, en su trabajo.

Sorprende bastante que en esas condiciones una analista, como ya les dije muy bien introducida en el campo de los medios oficiales, tome partido por hacer en suma lo que podría llamarse, como ella misma lo expresa, una especie de supervisión del caso; ella atiende al paciente cara a cara. Y entonces ahí, suceden cosas absolutamente curiosas. Si, a nivel de su informe, dice ella que, seguramente tal vez haya habido un extravío durante diez años al dejar recaer todo el acento del lado de los estragos de los malos padres, en este caso del padre, la cosa tal vez puede revisarse. En la teoría ordinaria digamos que la parte sana del yo del analista, como se dice, que hasta entonces había dado la medida de las cosas, ha debido abrir campo a una parte supersana. A fin de cuentas, puede llegar a dudarse de que el padre esté en verdad en el origen de los estragos. Lo sorprendente es que, en comentarios cada vez más finos que va a hacer la analista y que, en cierta forma, cosa bastante interesante, en su propio informe, le llegan, le llegan de una especie de palabra en voz alta, palabra de ella misma de la que recibiría el mensaje secundariamente, se le ocurre un día exclamar que, sin duda, el paciente debe con todo tener mucha necesidad del mito del padre no satisfactorio. Ella se lo dice antes de pensarlo. Es ella misma quien lo nota.

En resumen, ante las declaraciones de ese paciente, declaraciones de las que no habría razón para sorprenderse, por provenir de un sujeto psicótico, “que él tiene la sensación sin

ⁱⁱⁱ Palabra que proviene del inglés americano *beat generation* «generación perdida», y de *-nik* sufijo yiddish de origen eslavo: Joven (o muchacha) insurrecta contra el conformismo burgués y la sociedad de consumo, que vive de la ocasión, sin domicilio fijo. *Le Petit Robert I*, Dictionnaires Le Robert, París, 1986 [N. del T.]

duda de que cuando eso está bien todo va bien, sin duda, pero que sin embargo no es él; que él está en otra parte”, puede dejarse pasar esto como un rasgo clínico. También puede un preguntarse en qué medida y hasta dónde la analista ha trabajado en el sentido justamente de dejar intacto y hasta de reforzar el lado falsificado de la identificación fundamental del paciente. La analista percibe todo eso. Percibe, sin duda con cierto retardo, que de esta relación deteriorada con el padre, todo lo que puede captarse, cuando se halla uno al alcance para ver su signo y su resorte, es que el paciente ha hecho todo para mantenerla. El rol de la analista, o mejor, el vuelco que se produce en su objetivo, es preguntarse por qué el paciente en últimas, a través de una especie de inversión que le viene de un asidero en el que ella misma se dejó atrapar, englobar durante diez años, por qué el paciente, digamos lo menos, fue también cómplice del mantenimiento de esta mala relación.

Es aquí donde sí tenemos que decir que, a pesar de percibir esta posibilidad, la disección que la analista hace de ésta, en el camino de esta revisión desgarradora, si puede decirse, es absolutamente insuficiente. Para hacérselos percibir se necesita que yo mismo formule, quiero decir, no de una manera decisiva, definitiva y en cierta forma radical, sino en el nivel de aquello de que se trata, a saber, del deseo... también ahí, si se le da un sentido a las fórmulas que planteo, si se puede admitir que en tal rodeo de mi discurso dije que el deseo del hombre era el deseo del Otro (con una A mayúscula) y si es de eso de lo que se trata esencialmente en el análisis, ¿dónde se presenta ese deseo del Otro? El deseo del Otro, en ese campo radical en donde el deseo del sujeto le está irreductiblemente no anudado sino precisamente constituido por esta torsión que mi botella intenta aquí representarles, es insostenible y exige trujamán.

El trujamán mayor, aquel con el cual no hay tutía, es la ley, la ley soportada por algo que se llama el nombre del padre, es decir, un registro absolutamente preciso y articulado con identificación, cuyas coordenadas mayores me vi impedido de señalar en su tiempo, con la consecuencia de que no lo haré tan pronto. Pero en el nivel en que nos hallamos, lo que tenemos que ver es que en la transferencia se trata siempre de suplir con alguna identificación ese problema fundamental: el enlace del deseo con el deseo del Otro. El Otro no es deseado, puesto que es el deseo del Otro el que es determinante; es porque el Otro es deseante.

En su momento lo articulé en torno al *Banquete*. Alcibíades se acerca a Sócrates y quiere seducirlo para arrebatarse su deseo, y toma la metáfora de la cajita silénica, quiero decir, en forma de Sileno, en cuyo centro hay un objeto precioso. Sócrates no poseía nada más que esto, su deseo. El deseo, como el mismo Sócrates lo articula en Platón, no se atrapa así, ni por la cola como dice Picasso ni de otra forma, porque el deseo, como se lo subraya, es la falta.

Habitamos el lenguaje... hace poco hasta llegué a decirme, lo cual es divertido, que en alguna parte en Heidegger, no lo había notado, hay una sugerencia de que esa sería una solución para la crisis de alojamiento, pero la falta no se habita. Ésta, en cambio, puede habitar en alguna parte. Habita en efecto en alguna parte y la metáfora del *Banquete* toma aquí su valor: habita dentro del objeto *a*, no el Otro como espacio donde se despliegan las vertientes del engaño, sino el deseo del Otro, está ahí, oculto en el corazón del objeto *a*. Quien sabe abrir el objeto *a*, con un par de tijeras, de la manera correcta, ése es el amo del deseo. Y eso es lo que Sócrates hace con Alcibíades en un dos por tres al decirle: “Mira, no

lo que yo deseo, sino lo que tú deseas, y al mostrártelo lo deseo contigo, es este imbécil de Agatón”.

Entonces, cuando el paciente, durante una sesión que nuestra analista analiza ampliamente, llega a traer el síntoma siguiente, las cosas están para él en el punto en que no puede, durante su *breakfast*, sostener su tenedor sin darse cuenta de que querría al mismo tiempo pinchar el pan tostado y la mantequilla... que evidentemente están hechos para conjugarse pero que, en ese momento aún se encuentran en platos separados. Pues bien, lo instructivo es ver qué le responde nuestra analista ante esta breve declaración, tranquilizada por la posición cara a cara.

«La parte suya que no puede mejorar, traduzco del inglés lo mejor que puedo, e hizo alianza conmigo está hasta el cogote, is fed up, en inglés, de ver la manera como continúa usted siendo incapaz de dar un paso hacia lo que le falta. Ese es el statu quo del que usted hablaba, y me parece que la razón por la cual no puede usted avanzar hasta coger uno de los objetos que desea, es que usted situó su propia boca de bebé hambriento en cada uno de ellos. Entonces, como usted cree inconscientemente que sólo hay suficiente alimento para una boca, es decir, que usted sólo puede hacer una cosa a la vez, la otra va a sucumbir al hambre y probablemente a morir. Es una razón por la cual usted había sido conminado a preservar el statu quo, lo cual quiere decir, a no permitirse sentir, porque es así como se expresó el paciente, que usted podía hacer o había hecho algo porque esto habría querido decir que una parte de usted, o uno de sus self, de sus síes [soi], ¡habría sido abandonado para siempre y habría muerto de hambre! »

Aquí hay una interpretación sobre la que puede decirse, primero, que tiene bastante de circunlocución. Segundo, que busca alcanzar a todo vuelo aquello de lo que se trataba al principio y que no obstante la analista interroga, a saber, a toda costa la demanda, y no solamente la demanda sino justamente aquello en lo que converge forzosamente todo análisis de la demanda. Como en el análisis la demanda se hace por la boca, no hay por qué sorprenderse de que lo que se ofrece al final sea el orificio oral. No hay ninguna otra explicación para el tope pretendidamente regresivo que se considera como necesario hasta el punto de creer que es obligatorio, que está inscrito en la naturaleza de las cosas de toda regresión en el campo analítico. Si dejan de tomar como guía la demanda con su horizonte de identificación en la transferencia, no hay razón alguna para que la regresión desemboque forzosamente en la demanda oral, dado que el círculo de las pulsiones es un círculo continuo, circular, y que lo único es saber en qué sentido se lo recorre; pero como es circular, se lo recorre forzosamente obligadamente de cabo a rabo y hasta, durante un análisis, se tiene el tiempo de dar varias vueltas.

Lo sorprendente es que no obstante, por una especie de sentimiento, de palpar justamente lo que se trata, ella distingue algo que es exactamente nuestra estructura, a saber, que justamente, porque la demanda oral se hace por el mismo orificio que la demanda invocante, porque la demanda de comer es la misma, por el hecho de que es la boca la que habla, tiene dos bocas. Todo eso es muy ingenioso pero yerra completamente lo esencial, a saber, que en tal síntoma, que es un síntoma ubicado desde hace tiempo y que constituye el enigma de los filósofos, el síntoma que yo llamaría de Buridan, a saber, del desdoblamiento del objeto y no, como se dice, de la libertad de indiferencia, la alusión, la referencia esencial que el sujeto le da en ese momento, es que se trata de algo muy diferente a la

demanda; se trata de la dimensión del deseo, y de que ella no sabe efectuar allí el tijeretazo apropiado. Es tarde y tendré que volver sobre ese caso, puesto que debo interrumpirme aquí para volver sobre ese caso en la continuación. Espero que el tiempo no se haya prolongado demasiado en su memoria como para que hayan perdido su hilo.

Pero lo esencial que vamos a ver es lo siguiente: que en ningún momento, luego de haber tenido esta inspiración de que lo que el sujeto ha mantenido a través de toda su historia es una necesidad de mantener su captura sobre el adulto, su omnipotencia... son tan espesas las tinieblas sobre la naturaleza de la omnipotencia infantil y sus exigencias que la analista ni siquiera entrevé algo que sin embargo está articulado de todas las maneras posibles en el campo de observación, y es que en ese caso (y respecto a un padre, un padre depresivo recordémoslo, es decir, en la economía del cual el objeto parcial tiene una importancia prevaleciente), el paciente, como todo niño, pero más que otro, justamente en razón de esta estructura del padre, el paciente, lo repito, como todo niño lo es en diversos grados, el paciente es él mismo ese objeto *a*.

La captura del niño sobre el adulto y todo lo que hay en los mitos del niño, como se expresaba hace poco la analista, respecto a su omnipotencia, no tiene en absoluto su fundamento allí donde se dice, en una especie de pretendida magia, que igualmente se le atribuye, a condición por supuesto de que el paciente no sea capaz de hablar de su propia magia. Todo el mundo es capaz de hablar de ese lenguaje, pero no es una razón para creerles.

En esta observación hay momentos muy finos en que la analista llega hasta a decir: “Ese tipo de pacientes tiene una manera de provocar en mí un cierto *mood*, un matiz sentimental que hace que ahí, sea irresistible: les creo”. Es en ese hecho de creerles que yace el resorte fatal, pues ella se da cuenta también claramente de que cuando se les cree, los pacientes se dan cuenta. Cuando los pacientes los engañan, se sienten recompensados. No hay otra fuente de la omnipotencia infantil (y no diré de las ilusiones que engendra, de su realidad), que esta: el niño es el único objeto *a* auténtico, vivo, real, y que él sabe enseguida, que, siendo así, él detenta, contiene al deseante.

Pues bien, hasta el final de este retomar la observación de esta cohabitación, que termina (les diré en la continuación por qué) en una especie de satisfacción general, de *happy end* tan ilusoria como todo lo que pasó antes, la analista no llega aún a percatarse de aquello de lo que en verdad se trata. Ella cree que el arma del paciente se vuelve el mal niño después de haber sido el mal padre; era reducir a su padre a nada, reducirlo, a éste, a ser un objeto. Pero no hay allí nada que se le parezca, pues de lo que se trata no es del efecto que el niño intentaba obtener sobre su padre sino del efecto que él experimentaba, a saber, el de estar ubicado en ese punto ciego que es el objeto *a*. Y si justamente la analista hubiese podido ubicar la función de su deseo, se habría dado cuenta de que el paciente le producía a ella el mismo efecto, a saber, que ella quedaba transformada por él en objeto *a*. Y el asunto es saber por qué ella soportó diez años una tensión que a ella misma le era tan intolerable sin preguntarse qué goce podía ella misma extraer de allí.

Ahí está la verdadera pregunta y surge ahí lo que más o menos legítimamente se llama *contratransferencia*, y que es, como lo ha sido siempre, la neurosis de transferencia, neurosis de transferencia de la que se dice que está en el fundamento de los análisis interminables. Es cierto, y esa palabra no en vano es homónima y homóloga del término

neurosis de transferencia para designar las neurosis analizables. Y la neurosis de transferencia es una neurosis del analista. El analista se evade en la transferencia en la estricta medida en que no está a punto en cuanto al deseo del analista.

Traducción: Pio Eduardo Sanmiguel Ardila. Colaboraron en la revisión de la traducción y de esta versión en español: Belén del Rocío MORENO CARDOZO, Carmen Lucía DÍAZ LEGUIZAMÓN, Eduardo ARISTIZÁBAL CARDONA, Javier JARAMILLO GIRALDO, Mario Bernardo FIGUEROA MUÑOZ, Pilar GONZÁLEZ RIVERA, Tania ROELENS HRNCIROVA. Posteriormente he recibido precisiones, anotaciones, correcciones de Sylvia de Castro K., Myriam Cotrino y Luisa Matallana L., a quienes agradezco sinceramente el haberse tomado el tiempo para anotar sus dudas y enviarlas a este correo.

Esta traducción continúa en proceso; así que, cualquier duda, comentario y/o precisión serán bienvenidos; comuníquelos, por favor, a la siguiente dirección electrónica:

pioeduardo.sanmiguelardila@gmail.com